

Lao Tse

Tao Te Ching

Traducción del chino clásico,
presentación y notas de
Gabriel García-Noblejas Sánchez-Cendal

ALIANZA EDITORIAL

Título original: 道德经

Primera edición: 2007

Tercera edición, con nueva traducción: 2017

Cuarta edición: 2022

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuares.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción del chino clásico, presentación y notas: Gabriel García-Noblejas Sánchez-Cendal, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-889-9

Depósito legal: M. 11.108-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Nota del editor

¿Por qué el *Tao Te Ching* o *Libro del Camino*, un clásico de la sabiduría china recopilado hace más de dos mil años, sigue vigente y suscitando un continuado interés hoy en día en la sociedad occidental? ¿Qué nos atrae irresistiblemente de estos poemas elusivos, paradójicos, que, una vez leídos, dejan en nosotros la impresión efímera de una flor, pero el duradero recuerdo de su fragancia?

La sabiduría ancestral del *Tao Te Ching* salta a la vista y vale, sin duda, para todo tiempo y lugar. No en balde proviene de una época en que, como muchos siglos más tarde diría Hobbes con acierto, la vida era «solitaria, pobre, desagradable, corta y brutal».

Para ella y para su consuelo –como tantas otras filosofías y, no hace falta decirlo, religiones– se desarrolló el Tao, un sistema de pensamiento o, más bien, una forma de concebir el mundo y de estar en él. Bajo la percepción de una perversión, de una corrupción de la esencia del ser humano propiciada por una sociedad en la que habían proliferado el ansia de poder y la codicia, la desigualdad,

una excesiva complicación de la existencia, una intelectualización que se revelaba inane, el Tao preconizaba un regreso a la elementalidad, a la sencillez, al vacío, al equilibrio de lo complementario, al desapego, a la quietud como «señora de la acción».

Transcurridos más de veinte siglos desde entonces, el panorama es muy diferente en la forma, pero en esencia no muy distinto. Es por eso que hoy en día las palabras de este libro caen en las sociedades occidentales como lluvia en terreno sediento. El ruido, la velocidad y la prisa, el exceso sin sentido de estímulos, de llamadas de atención, de objetos de consumo y de deseo, la incertidumbre, la agudización de la soledad existencial son –conscientemente o no– nuestra rutina cotidiana. Nuestra energía se agota sin saber bien cómo ni en qué y queda en nosotros un poso de insatisfacción, de desconcierto, de vacío –paradójicamente– por atestamiento.

Es así explicable que el Tao –una guía, una forma de vida o actitud–, con su llamada al vaciamiento, al desapego, a la no competencia, al equilibrio, a la confianza y a la entrega a sus preceptos, se nos ofrezca como un anhelado espacio donde descansar, donde poder diluir y empezar a dejar de lado la dinámica infernal que nos tiene presos. Hay capítulos o poemas en él que parecen escritos hoy mismo.

Impelidos constantemente a hacer, a reaccionar, el Tao nos dice «no hacer», «confiar». Una

confianza que es compromiso y entrega –porque el Tao orienta, pero exige asimismo la práctica: «el viaje que dura diez mil leguas empieza por un paso...»–, pero “trabajar” en el Tao, en sus preceptos, es también descansar en el Tao.

En esta nueva y espléndida versión de Gabriel García-Noblejas, el lector descubrirá un lenguaje particular, plagado de conceptos complementarios y paradojas chocantes a veces a primera vista, pero tanto más luminosos cuanto más familiares. Pocos elementos ilustran esta idea mejor que el agua («el agua, sí, está cerca del Tao», podemos leer en un poema) y el concepto de «blando» que a menudo viene asociado con ella. Como opuesto y complementario de lo «duro» –que remite a lo viejo, a lo fosilizado, a lo próximo a la muerte, a la debilidad que le transmite su propia dureza–, lo «blando» es un concepto que se asocia a lo recién nacido, sea animal –un bebé o una cría– o vegetal –un brote tierno–, a lo natural, a lo elemental –al «pedazo sin tallar»–, y por ello más puro por más lejano de lo maleado, de lo distorsionado, de lo corrompido por la sociedad y el intelecto. El Tao no es conocimiento alambicado, sino intuición, comunión con la energía universal. Y pocas materializaciones de lo blando –hoy diríamos también flexible, incluso resiliente– como el agua, el agua elemental y proteica que fluye, que reposa casi meditando en un lago, que encuentra su camino sin esfuerzo, que

toma la forma de aquello que la contiene, que desgasta la piedra hasta romperla, o como el brote tierno que el huracán no arranca o ese propio brote que, desapegado, baja flotando y balanceándose, dejándose llevar por las aguas vivas.

Pero es hora de callar. «Mucho hablar, mucho empobrece», se puede leer más adelante. Mejor abrir este libro por cualquier página y procurar, con el espíritu abierto, no-leerlo y dejarse impregnar por su poderosa serenidad.

Presentación

El camino que se puede caminar no es el camino eterno. El nombre con que se puede dar nombre no es el nombre eterno. El mejor ebanista no talla. Y gobernar un gran país es como asar un pequeño pez. Así nos habla el presente libro desde que fuera puesto por escrito en China hace unos dos mil trescientos años. Y así nos sigue interpelando hoy con sus ochenta y un poemas que, nadie lo duda ya, constituyen una de las grandes obras de la humanidad y la fundación de una de las principales escuelas de pensamiento de la Historia, el taoísmo, que ha perdurado hasta la actualidad.

El *Tao Te Ching* rebosa poesía y sabiduría. Y también misterio. El libro se expresa con versos misteriosos y paradójicos, porque busca describir algo borroso y nítido a la vez, inabarcable por la mente humana, visible e invisible a un tiempo, inesperado en su forma de ser y actuar, humilde y grandioso, diminuto e infinito; algo de donde nace todo, que a todo da la vida y a donde todo retorna; algo que ordena todo lo existente;

algo que no se puede nombrar ni describir enteramente con las palabras, pero que se puede ver con la fe (poema 41), sentir y vivir. Porque si bien no se puede hablar del Tao y quedar satisfecho de las explicaciones, sí se puede *vivir en él, vivir según él*, ser su seguidor, es decir, obedecer al Tao.

El presente libro es algo así como un poliedro formado por ochenta y un poemas, que son como ochenta y una ventanas por las que contemplamos aspectos diversos del Tao; es una descripción del Tao que, por ser fragmentaria, el lector habrá de ir recomponiendo mentalmente poema a poema. Cada texto aporta algo de luz sobre el más profundo centro del poliedro, el Tao, que siempre queda en la brillante penumbra y, paradójicamente, a la luz y a la vista de todos. Porque el Tao está lejos y está cerca, está ahí, a tu derecha y a tu izquierda, lector. Lo vemos, pero nunca lo suficiente; lo oímos, pero no del todo; nos servimos de él, pero nunca lo agotamos, dice el poema 35. El Tao es abstracto y es concreto, por lo tanto no hay mejor modo de hablar de él que con conceptos que la mente reflexiva pueda concebir y con imágenes que la mente sensitiva pueda percibir, es decir, con poemas. Imágenes bifrontes, conceptos palpables.

No obstante, para ver, hay que empezar por no ver: hay que empezar por no ver con nuestros ojos de siempre sino, cegados estos, con unos ojos nuevos, es decir, hay que desprenderse de

los conceptos que el hombre ha creado para el hombre y sobre los que ha construido su humano mundo. Hay que “deseducarse”, es decir, apartarse de todo aquello que sea producto del intelecto humano, esfuerzo de la mente, obra de la ciencia; hay que evitar todo aquello que lleve la huella del hombre, a saber, del conocimiento, de la técnica, de la industria, de la organización social hecha por el hombre, e incluso de la inteligencia.

Vaciar la mente es el primer paso para poder ver el Tao, para poder conocerlo o, mejor dicho, reconocerlo, pues el Tao siempre ha estado a nuestro lado. Nuestros poemas recurren a la vía de la paradoja –principalmente– para llegar a tal cuestionamiento y a tal eliminación de los conceptos comúnmente admitidos, vía que nos mueve a que nosotros mismos alcemos la máscara a dichos conceptos y los descubramos dudosos, inciertos, inestables o, simplemente, erróneos. De ahí que la propuesta taoísta comience por verlo todo desde un nuevo ángulo vacío que permite ser llenado por una visión verdadera. Porque lo incompleto está completo, lo escaso está repleto y lo torcido está recto. Sólo así se dan las condiciones para poder llegar a ver el Tao. Rechaza la sabiduría (al uso), desecha el conocimiento (al uso) y quizá veas el Tao.

Además del Tao, el presente libro nos habla extensamente de un segundo elemento importante, la Virtud. Tan importante es que está reco-

gido en el título chino del libro, 道德经, que significa «Libro del camino y la virtud». La Virtud es tan brumosa como el Tao: ayuda al Tao, va a su zaga, aprende de él, coopera con él en sus movimientos y actuaciones benéficas, generativas, universales y particulares, abarcando ambos en su cooperación infinita lo inabarcable (el universo) y lo abarcable (el corazón de todo ser humano).

El tercer elemento que nuestros poemas describen con detalle, además del Tao y la Virtud, es el maestro. El maestro es el hombre que vive en el Tao, que está en el Tao y que, en consecuencia, «ve claro», ve mejor que quien no está en el Tao. Es aquel que, primero, conoce el Tao y que, segundo y en consecuencia, vive una vida de libre obediencia al Tao. Es aquel que actúa entre los hombres como el Tao en el universo: enseña sin hablar, actúa no actuando, no se adueña de aquello que fabrica, no se apega a nada, todo lo da y, porque todo lo da, es infinitamente rico.

El maestro es, además, aquel a quien se le puede conceder el gobierno de la sociedad, aquel que sí merece gobernar el mundo (no como los gobernantes de entonces, a quienes considera el autor un «hatajo de ladrones»), aquel que sí sabrá gobernar, mas no por la fuerza ni la ley, no por las penas de muerte y los castigos, no por la guerra de conquista, sino por la humildad y la sencillez, por ponerse siempre por debajo. Ser maestro: ser

agua. Gobernar: servir al súbdito, ser súbdito del súbdito, dirigirlo no dirigiéndolo.

También la figura de Lao Tse está poco clara. Tanto es así que su nombre no es siquiera un nombre, sino un apodo que significa «el anciano maestro». Nada sabemos aún a ciencia cierta sobre él. El gran historiador Sima Qian (siglo I antes de Cristo) nos relata que fue un archivero imperial de la dinastía Zhou experto en rituales hacia el siglo V antes de Cristo (contemporáneo de Platón, por lo tanto), pero no hay más prueba de ello que sus palabras, aunque tampoco debería ser necesario contar con más pruebas de su existencia para creer al gran historiador. Sea como fuere, lo más verosímil es que haya ocurrido con nuestro libro lo mismo que con casi todas las grandes obras chinas de la Antigüedad: que fuera escrito por varios autores anónimos y que algún editor, seguramente hacia principios del siglo III antes de Cristo, al compilarlo, lo atribuyera a una figura taoísta legendaria, el maestro Lao Tse; tal es la tesis que han defendido muy convincentemente sinólogos como Gu Jiegang y D. C. Lau en décadas muy diferentes. Así pues, su gestación escrita bien pudo durar un siglo hasta que quedara fijado y unificado, hacia el siglo III antes de Cristo, tal como lo traducimos aquí¹.

¹ Nuestra edición original es: 陈鼓应, 《老子注译及评介》, 中华书局, 北京, 1984.

Pero poco importa, en verdad, el asunto de la autoría frente al valor de la sabiduría espiritual y ética que nos regalan estos hermosos y profundos poemas que no han perdido un ápice de actualidad en sus más de dos mil trescientos años de existencia. Hallará el lector en ellos toda una filosofía que, como toda buena filosofía, es teológica, y que incluye también elementos propios de la Física, la Metafísica, la Ontología, la Ética, la Política, la Retórica, la Teoría del Conocimiento, la Psicología y la Ecología, al menos. Pero no seremos nosotros los que cometamos el grosero error de intentar analizar y explicar, aquí y ahora, la sabiduría del Tao, pues nadie lo hará nunca mejor que el propio Lao Tse.

Sin embargo, sí será útil explicar, en un par de pinceladas, cómo era la China en que se formó el presente libro, pues, de lo contrario, difícil le será al lector entender algunas alusiones que hallará en él. China era entonces un reino cuyo rey gobernaba nominalmente sobre muchos territorios y ciudades amuralladas de diverso tamaño que, de facto, se habían desgajado e independizado y no dejaban de atacarse entre sí en cientos de batallas fratricidas. El mundo era un caos, todo era guerra y los gobernantes de cada reino o Estado batallaban para hacerse más y más poderosos queriendo ser el rey de la dinastía, señor de todo el territorio. De ahí que muchos versos aludan a querer «gobernar todos los reinos», lograr ser «la

cabeza del mundo», apoderarse «de todos los demás» o «del mundo entero». De ahí también que traten el tema de cómo hay que gobernar un reino. La política y el gobierno fueron temas que debatieron y analizaron a fondo los grandes pensadores de la China antigua, como, por ejemplo, Confucio, Han Fei o el maestro Mo². Nuestro libro participó en tal diálogo.

Y también será útil explicar un puñado de metáforas de difícil comprensión. «El valle» es un lugar que recibe, que acoge generosamente lo que baja a él, que se pone por debajo de todo y por ello es muy rico, porque todo lo acepta como viene, especialmente las aguas, que a su vez son humildes y dan vida; «la madre» es aquello que engendra y da a luz, que es capaz de crear y de formar, que está entre el Tao y el mundo, que da vida y origina; y, sobre todo, «el pedazo sin tallar», que alude a un pedazo de madera o piedra, es decir, a algo que se halla en su estado totalmente natural, no tocado aún por la mano del hombre, en su estado prístino y puro, no estropeado por el artificio humano. De ahí que se desprecie todo aquello que es un producto de la cultura, como la educación, frente a todo aquello que es un producto directo de la naturaleza, que se estima.

² Proporcionamos lecturas recomendadas de dichos filósofos en la página 119.

El *Tao Te Ching* es uno de los dos textos fundacionales del taoísmo. El otro es el genial *Libro del maestro Chuang Tse*, en prosa. Aunque ambos, como decíamos, no habrían sido escritos antes del siglo IV-III antes de Cristo, la filosofía a que dieron cuerpo sí que era muy anterior. El taoísmo –y quizá entonces sí que existió un hombre al que se llamó «anciano maestro» de verdad– debió germinar hacia el siglo VI antes de Cristo y desde entonces ha existido sin interrupción, aunque con notables cambios en su largo camino.

El primer hito debemos situarlo hacia el siglo III antes de Cristo, cuando quedaron fijados por escrito los dos textos fundacionales ya citados. Un siglo después aproximadamente, en los inicios de la duradera dinastía Han, el taoísmo comenzó a mezclar la política con la espiritualidad en una nueva amalgama basada en dos pilares: la descripción del gobernante modelo como gobernante taoísta y la explicación de diversas prácticas espirituales que conducían a la pureza del alma y la longevidad del cuerpo. A finales de la dinastía Han, esto es, hacia el siglo II después de Cristo, nació el llamado «taoísmo religioso», en virtud del cual el autor de nuestro libro fue divinizado, así como otros maestros taoístas del pasado, y la fe se llenó de nuevos dioses, nuevos textos, nuevos ritos, nuevos monasterios y una nueva estructura eclesial bien definida. Unos dos siglos después, hacia el siglo IV, cobró vitalidad en su

seno una corriente centrada en la búsqueda de la inmortalidad por tres vías diferentes, a saber, la alimentación estrictamente natural, a base de plantas y minerales de los montes; los ejercicios físicos, concretamente los ejercicios respiratorios, los corporales y los sexuales (la sexualidad entendida como gimnasia, no como amorosa entrega a otro); y la pureza espiritual, basada en el desapego por todo lo material y social, como la fama, el dinero o el poder; dicha corriente engendró hermosos textos, como *El maestro que abrazó el pedazo sin tallar*, de Ge Hong (283-343).

Para no extendernos más, terminaremos este escueto repaso de la evolución del taoísmo recordando que, a partir de entonces, se fueron multiplicando tanto sus textos sagrados, hasta llegar a los mil cuatrocientos libros (que se editaron y fijaron en el año 1445), como sus ramas. Hoy día, un país –la República Popular de China– donde no existe libertad religiosa real, sino sólo nominal, cuenta con dos ramas principales: la del clero hereditario y la de los monjes y monjas que viven en monasterios; cuya presencia en el mundo laico se reduce a la realización de rituales puntuales a petición de personas, familias o comunidades.

El taoísmo, dada la gran estima que ha concedido al mundo de la naturaleza y al ser humano en su dimensión tanto espiritual como física desde sus inicios, ha influido poderosamente, de un modo más o menos directo, como no cesan de re-

cordarnos J. Needham y sus colaboradores en los muchos volúmenes de *Science and Civilization in China*, en el nacimiento y el desarrollo de numerosas ciencias en China, como, por ejemplo, la farmacología, la mineralogía, la biología, la minería, la botánica, la agricultura y las artes marciales y gimnásticas, como el *kungfu*, el *qigong* o el *taichí*.

La semilla de todo este variado desarrollo de ciencias y creencias no está sino en el libro que el lector tiene en sus manos, cuya gestación y escritura corrió paralela a la de las grandes obras y enseñanzas de Platón y Aristóteles en Grecia, del Buda histórico en el norte de la actual India y de numerosos libros del Antiguo Testamento en el antiguo Israel, sin olvidar, dada la esencia poética del presente libro, otros textos poéticos coetáneos y tan cruciales en el desarrollo de la civilización europea como lo ha sido el *Tao Te Ching* en la asiática: el Libro de los Salmos y (quizá) los Libros de Job y del Eclesiastés, así como las tragedias de Esquilo y Sófocles.

Agradecimientos

A Javier Setó, por habernos propuesto la traducción de este clásico, que nunca nos habríamos atrevido a traducir sin su amable insistencia, y por sus muchas sugerencias, que han mejorado la presente traducción.